

# Rodrigo Muñoz Avia

## La casa de los pintores



SÍGUENOS EN  
**me gustaleer**



@Alfaguara



@Alfaguara\_es



@editorial\_alfaguara

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

Proyecto realizado con la Ayuda Fundación BBVA a Investigadores y Creadores Culturales 2016.

Hay padres que son algo más que padres. Los míos eran cariñosos, cálidos, cercanos y protectores. Eran, en definitiva, padres, y como tales mis hermanos y yo los queríamos. Pero a esa realidad sencilla la acompañaba la certeza cada vez más intensa de que además de padres eran, desde mi percepción infantil, *importantes*, gozaban de reconocimiento como pintores y despertaban admiración incluso más allá del mundo del arte. Esta era una sensación sobrevenida que no surgía directamente de nuestro trato con ellos ni de nuestra intimidad familiar. La conciencia de que ellos eran *importantes*, de que eran *grandes* (una expresión que oigo mucho últimamente: «Qué *grandes* eran tus padres»), se presentó ante mí como una experiencia vicaria. Eran los demás los que veían a mis padres así, y yo me aboné a tal visión. Primero la creí, luego la asimilé, luego la alimenté. Y desde que era muy pequeño ya no fui nunca capaz de desligar a mi padre o a mi madre de esa aura que los hacía especiales y que, en cierto modo, creía yo, también me hacía especial a mí.

Por eso empecé muy pronto a ser el «hijo de», una marca tan arraigada que cambiarla sería cambiar mi personalidad por completo. Además, a medida que fui creciendo me fui haciendo más permeable al relato de éxito y de prestigio que acompañaba a mis padres y su figura se agigantó todavía más en mi conciencia. Y no solo eso. Un día murieron, y todos sabemos que la muerte otorga un sentido global a los relatos, los cierra, los acerca a la leyenda e introduce matices de épica por doquier. Cuando mueren los cuerpos existe el riesgo de crear mitos. O quizá no sea un riesgo, sino una necesidad, un destino natural de nuestras vidas,

caracterizadas por la búsqueda de sentido. Estos mitos ayudan a soportar la ausencia en los entornos familiares. Conviven con nosotros, en otro nivel de realidad, sí, pero con un ascendiente y una fuerza increíbles. Y esto se acrecienta aún más cuando los que mueren dejan un legado artístico, sus cuadros, verdaderos intermediarios entre nuestro mundo y el suyo, apóstoles encargados de afianzar su relato día a día en las salas de exposiciones y en las paredes de nuestras casas.

Desde que murió nuestro padre en 1998 y después nuestra madre en 2011, mis hermanos y yo nos hemos esforzado por cuidar su legado. Hemos difundido sus nombres en la medida de nuestras posibilidades. Hemos organizado exposiciones y alentado publicaciones sobre su obra. Hemos promovido concursos, libros, calles con su nombre, homenajes, conciertos, documentales o páginas de internet en su memoria. Personalmente me he convertido en un experto en la pintura de Lucio Muñoz y Amalia Avia. Los textos que he ido escribiendo sobre ellos me han hecho profundizar en su obra, en su biografía y en pilas y pilas de documentación acumuladas durante décadas. He convivido mucho con los cuadros, primero seleccionándolos y luego colgándolos en exposiciones. Me he impregnado tanto de las vicisitudes de cada uno de ellos, de sus orígenes, carencias y virtudes, que interpreto sus éxitos como si fueran míos. Los elogios a la pintura de mi padre o de mi madre me satisfacen tanto como los que reciben mis libros. O más, porque el amor produce emoción, y la vanidad no. A veces, de hecho, he llegado a confundir fugazmente la identidad de mis padres con la mía y he explicado sus cuadros como si fuera yo mismo quien los hubiera pintado.

Por fin he decidido escribir un libro sobre mi vida con ellos, fijar el relato, el relato más humano que solo conocimos los que estuvimos más cerca de Amalia y Lucio, y el relato igualmente humano de cómo el peso de sus figuras pudo condicionar nuestras vidas, o la mía al menos. Escribir, sacar, hurgar en la memoria, y, quién sabe, quizás también soltar lastre, echarse a un lado y decir: «Ahí queda, ya

está». Escribir sobre las cosas que a uno le han ocurrido es una manera de fijar, de afianzar, pero a la vez de desvincularse de lo escrito, de arrancarlo de uno mismo, de *resolverlo*. Como si el «hijo de» escribiera un libro para dejar de ser el «hijo de». Como poner el aura en negro sobre blanco, y verla al fin con distancia.

¿Es el caso?

1. ¿A quién quieres más, a tu padre o a tu madre?

¿Por dónde empezar? Por ejemplo, por las manos, las manos de mi padre. Para mí, para el niño que yo fui y crecí con él, sus manos fueron siempre la puerta de entrada a su mundo. Eran unas manos fuertes, con dedos y uñas anchas, especialmente la del pulgar. Desde mi percepción infantil eran enormes, aunque lo que más me atraía era la carnosidad, el almohadillado de las palmas y de las yemas. Uno de mis recuerdos más tempranos, quizá el primero, es el de mi padre jugando al cucutrás conmigo en el ascensor de la casa en que vivíamos, en la avenida de Filipinas, en Madrid.

Su comunicación con nosotros, entonces y también mucho después, solía comenzar por las manos, y a veces terminaba ahí. Te cruzabas con él por el pasillo y ya antes de llegar a tu lado iba chasqueando los dedos, alternando una mano y otra, en una cadencia que coincidía con el movimiento de las piernas al andar. Al encontrarse contigo inventaba un giro de muñeca y un movimiento furtivo de la mano que no estabas mirando, y sin darte cuenta notabas unos dedos aterrizando en algún recoveco de tu cuerpo, para pellizcarte o hacerte cosquillas.

—¿Qué pasa, golfo? —te decía, y la expresión no podía ser más adecuada, porque él mismo, en sus maneras sueltas, tenía algo de golfo, una cierta picardía que curiosamente convivía con la otra faceta de su personalidad, la de su voz y su mirada serenas y profundas.

Pero no siempre llegaba la voz, ni siquiera la mirada. Cuando te sentabas a su lado en el coche, con la anchura de su mano, pillándote siempre por sorpresa, te pinzaba justo encima de la rodilla, en ese lugar tonto que convertía tu cuerpo en un calambre y la realidad en una extensión de

él mismo, del juego y de la sorpresa, pero también del calor y la seguridad con que lo llenaba todo. A mi madre también se lo hacía siempre, pero a ella no solía divertirle: le encantaba reírse, pero odiaba las cosquillas.

Había algo de prestidigitador en las manos de mi padre, en los chorros que surgían de sus puños al cerrarse en la piscina, en la riqueza tímbrica de las percusiones que sabía hacer con los dedos, o en la caja de resonancia en que se convertían sus palmas cuando aplaudía y que hacía de su aplauso, entendía yo, un reconocimiento de una índole superior a cualquier otro. Un día, en la galería Juana Mordó, a falta de sacacorchos, intentó abrir una botella de vino con unas tijeras. Algo salió mal y acabó en la casa de socorro con la mano envuelta en una toalla llena de sangre. ¿Qué había pasado?, me preguntaba yo en los días siguientes al verle el aparatoso vendaje blanco. ¿Qué había fallado? No eran los padres los que tenían ese tipo de accidentes ni los que llevaban el brazo en cabestrillo. Se suponía que sus actuaciones estaban presididas por la sensatez y la precisión. Como yo no estaba preparado para que mi padre me diera pena, lo único que pude sentir fue desconcierto.

Puedo imaginar lo que sintió él: frustración, sensación de atrofía. Porque además de lo dicho sus manos eran, ante todo, su herramienta de trabajo, los portavoces de mi padre durante las muchas horas que pasaba en el estudio. Mis hermanos y yo le vimos mil veces mezclar temple con cola de conejo, desnudar un alistonado con la azuela, lijar manualmente el fondo de un cuadro, chascar una varilla con los dedos y encolar los trozos con un pincel fino. Había algo de lúdico en todo aquello, un placer casi infantil en mancharse las manos, en ese proceso tan esencialmente humano que es manipular la materia, como si solo con las manos pudiera apreciarse nuestro poder de transformación del mundo, como si solo con ellas se notara que la pintura es libertad. La pulsión plástica que hay en toda la obra de mi padre, su atracción indudable por lo material, es la del lenguaje no verbal de sus manos.

Mi padre contaba a veces que a los catorce o quince años no tenía muy claro si acabaría dedicándose a la pintura, a la poesía o a la música, porque las tres le atraían, y que si al final se decidió por la pintura fue porque esta le pareció menos difícil de tolerar por parte de su padre. Pero esto cuesta aceptarlo. ¿Qué habría hecho con las manos de haber sido poeta o músico?

Había que verle en el estudio para entender hasta qué punto era un artista plástico.



La mano de mi padre con el bruñidor de grabado.

Si la puerta de entrada al mundo de mi padre eran sus manos, ¿cuál era la puerta de entrada al mundo de mi madre? No la había, por la sencilla razón de que para mí ella era el mundo, estaba ahí y yo ya formaba parte de ese mundo sin necesidad de tener que entrar en él. No tenía su propia esfera, como mi padre, sino que vivía abierta hacia nosotros, nos contagiaba su alegría, su manera de entender

las cosas y también sus manías. No hacían falta ritos para llegar a ella, porque generalmente ya estabas con ella. Y cuando no era así y te la reencontrabas en cualquier circunstancia, su ciclón incontinente de amor te arrebatava y hacía todo el trabajo. En la cocina, en el pasillo, en su dormitorio, los encuentros con ella tenían un sello inconfundible que se mantuvo hasta nuestra adolescencia, y también después.

—¡¡¡Pucciiiiiiiiiiiiini!!! —raras veces te llamaba por tu propio nombre, sus gritos eran desbocados—. ¡¡¡Pucciiiiiiiiini de Badajoz!!!

Yo sonreía, ligeramente avergonzado, y comenzaba a activar mis defensas. Lo que hacía era encogerme un poco, como quien no lleva paraguas en un chaparrón, e intentar pasar deprisa a su lado.

—¡Puccini!, ¡guapo!, ¡preciosidad!, ¡déjame que te dé un beso, anda, déjame que te achuche!

Conseguía escabullirme.

—¿Por qué tendré unos hijos tan antipáticos? —decía entonces, frustrada, pero cuando ya me estaba alejando por el pasillo sus manifestaciones de amor se disparaban de nuevo, cada vez más deprisa—: ¡Tesoro!, ¡cielo!, ¡rico!, ¡¡más que rico!!, ¡¡que eres un sol!!, ¡¡¡cuánto te quiero!!!

A veces recurría al humor e incluso a las argucias.

—Te doy un duro si me dejas darte un beso —decía.

Si aceptabas, estabas perdido. La ráfaga de besos era interminable, y mi madre utilizaba toda su fuerza para no dejarte escapar. La liberación llegaba en el momento en que ella misma, ante su comportamiento desmesurado, se dejaba derrotar por la risa. Era entonces cuando demostraba que era una persona sensata, cosa que reconfortaba bastante.

Es significativo que uno de los primeros recuerdos que tengo de mi padre sea el del puente que sus manos tendían entre los dos al jugar al cucutrás, y uno de los primeros recuerdos de mi madre sea el de una separación. No fui al colegio hasta los cuatro años (lo que para mi madre era prontísimo), y la única imagen que me quedó de entonces

es la de nuestra primera despedida en la avenida de Filipinas, donde el autobús escolar nos recogía a mí y a mis tres hermanos mayores. Es una imagen borrosa, una vaga sensación. Mentiría si dijera que la recuerdo llorando o dándome un beso con un gesto de tristeza, aunque es probable que fuera así. Simplemente tengo la imagen de estar los cuatro con el uniforme esperando en la calle y sabiendo que mi madre se iba a volver sola a casa. Un recuerdo teñido, más que de tristeza, de extrañeza, de desamparo. Era el ingreso en un mundo que no estaba bañado por el cariño y la mirada de mi madre, sino que tenía sus propias reglas, sus propios límites; un mundo carente de jerarquías y que mi memoria imagina (recordar se parece mucho a imaginar) limpio, frío y azul.

Mi madre no soportaba las separaciones. Lloraba cuando alguno de nosotros se iba de viaje, aunque fuera un fin de semana. El día en que a los doce años mi hermano Nicolás se marchó por un mes a Inglaterra, el desconsuelo de ella fue tan grande que yo, con siete años, me convencí de que aquella era una de las peores desgracias que podían ocurrirle a una madre. Celebraba las vacaciones escolares y lamentaba el comienzo de curso. Los anuncios de la vuelta al cole la irritaban profundamente y le amargaban la mitad del verano.

Su campo gravitatorio estaba hecho de amor y simpatía, más que de poder o necesidad de dominio, pero habíamos crecido bajo su influjo y todo lo que fuera salir de él, al menos para mí, generaba extrañeza e incomodidad, incluso culpa, sobre todo porque mi madre convertía cualquier trance de esa naturaleza en una terrible ruptura, un desgarrro vivido con dramatismo.



Mi madre con nosotros cuatro en Torrelodones.

Yo estaba muy unido a mi madre y pasaba mucho tiempo con ella. El hecho de ser el pequeño y estar descolgado casi cuatro años de mis tres hermanos mayores pudo influir en esto, pero entiendo que no fue el único motivo. Jugué mucho con mis hermanos, sobre todo con Diego, con quien compartía habitación, pero casi siempre estaba dispuesto a sumarme a los planes de mi madre. Pasábamos tanto tiempo juntos que llegué a pensar que este era el motivo del parecido con ella que la gente me atribuía. Decían que en mis hermanos era más fácil encontrar rasgos de mi padre, pero que yo era una réplica exacta de mi madre. Además, era zurdo, como ella, y había nacido en abril, también como ella.

Mi madre salía mucho, le gustaba la calle, adoraba Madrid, y era feliz si nosotros la acompañábamos. Casi todos los recuerdos que tengo de ella en mis primeros seis años la sitúan fuera de casa. Recuerdo, por ejemplo, estar juntos en el mercado y que alguno de los tenderos estirara la mano por encima del mostrador:

—Toma, guapa, este caramelo es para ti.

Fue una escena recurrente a lo largo de mi infancia. A mi madre, que siempre fue nuestra peluquera, y también de mi padre, le gustaba que lleváramos el pelo largo, pero esto en los primeros años setenta seguía generando malentendidos. Yo odiaba que me llamaran niña, pero consideraba que toda la culpa del equívoco era de los tenderos y de su ignorancia. Porque mi pelo de *beatle* era una marca que nos ponía mi madre y, a pesar de lo que me hacía sufrir, me sentía orgulloso de ella. Estaba tan impregnado de su punto de vista que habría podido defender ante cualquiera sus argumentos estéticos e ideológicos sobre el tema. Pero no lo hacía, claro. Me decían: «¡Mira qué guapa la niña!», y yo me ponía colorado y esperaba a que ella aclarara que era un niño.

Íbamos de un sitio a otro con el coche. Media infancia la pasé en el asiento de atrás mientras mi madre conducía. Miraba por la ventanilla y era feliz. Recuerdo especialmente una tarde de invierno en que volvíamos a casa desde algún lado. Ya era de noche, y yo observaba los letreros de las tiendas. Hacía tiempo que me entretenía con eso, pero esa tarde dije en alto:

—Pa-na-de-rí-a.

Mi madre se giró, y cuando entendió lo que estaba pasando dio uno de sus alaridos de júbilo.

—¡Dime que no has aprendido a leer! ¡Dime que es mentira! ¡Tú no tienes que aprender nunca a leer!

Su entusiasmo sincero, su alegría por nuestro bien, su amor indisimulado nos transmitía seguridad y cimentaba nuestra autoestima. Pero un segundo mensaje nos calaba al mismo tiempo por debajo, porque mi madre fue siempre incapaz de no verbalizar su resistencia a que creyéramos, ya que entendía que crecer era una forma de alejarnos de ella.

Íbamos a la compra, a los grandes almacenes, a hacer recados o a merendar tortitas con nata. Durante el mes que duraban sus exposiciones en la galería Biosca, mi madre acudía casi a diario a pasar la tarde allí. Y yo con ella.

Eduardo Raboso, por entonces director de ventas de la galería, nos veía entrar cada tarde y con un desparpajo muy suyo decía:

—Aquí llega *recluta con niño*.

Aludía a una película de la posguerra española en la que un soldado va acompañado por un niño a todas partes. El niño era yo. Bueno, el niño o la niña; a primera vista eso nunca estaba del todo claro.

En una entrada de mi diario, el único que he escrito en mi vida, y que tan solo abarca cuarenta días de la primavera de 1975, escribí:

He estado leyendo a mi madre el libro de los ciento un dálmatas y me queda muchísimo para terminarle de leer el libro de ciento un dálmatas.

Tenía siete años y me gustaba pasar la tarde en su estudio leyendo en voz alta, sentado detrás de su silla mientras ella pintaba. A *101 dálmatas* le sucedieron los cuentos de Celia, aunque a mí no me divertían tanto como a mi madre, que conservaba desde la infancia una veneración casi enfermiza por Elena Fortún y sus personajes.

En aquel momento el estudio de mi madre estaba ya en el sótano del chalet al que nos habíamos ido a vivir en 1974, en la calle Ronda de la Avutarda. Al llegar del colegio me bajaba con ella a hacer los deberes o continuar la lectura. Años después, cuando mi madre, tras una caída, sufrió el aplastamiento de una vértebra y tuvo que pasar mucho tiempo en la cama, hice lo mismo en su dormitorio, en la gran mesa alargada que había junto al radiador.

No solo leía o hacía las tareas en su estudio. También tuve mi época de pintor. Nunca me había atraído demasiado aquello, pero por entonces estaba tan unido a mi madre que intentaba imitar las artes de su pintura. Hacía, literalmente, pequeños *amaliaavias*, repetía algunos de sus cuadros en un formato mucho menor y partiendo de las mis-